

**Javier Sicilia**

# **Pascua**

**Babélica**

Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Autónoma de Nuevo León

07298

00

PQ7298

29

.13

P3

2000

c.1



1016731



1080158298

Pascua





075 1187 28

Javier Sicilia

# Pascua

Biblioteca

Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Autónoma de Tlaxcala



Pascua

Javier Sicilia

Pascua

**Babélica**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Autónoma de Nuevo León





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Reyes S. Tamez Guerra

**Rector**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Nicolás Duarte Ortega

**Director**

Héctor Franco Sáenz

**Proyectos editoriales**

Ludivina Cantú

**Colegio de Letras Españolas**

**Babélica**

José Javier Villarreal

Editor responsable

© Javier Sicilia

© Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma  
de Nuevo León.

Reservados todos los derechos, 2000.

ISBN-968-7808-96-9

Apartado postal 10, Sucursal F., C. P. 66450.

San Nicolás de los Garza, Nuevo León.

Impreso y hecho en México/Printed and bound in Mexico.



*A la memoria de Iosif Brodsky*

*A mis muertos*



*Ay, sombras de mis muertos, viejos huecos,  
torturadas ausencias; ¿qué clamor  
se niega a mi memoria  
sobre una soledad de huesos secos?  
¿Qué vacío se ciñe a nuestro amor?  
Entre sombras de muertos soy historia.*

No comprendo la **Permanencia en los puertos**  
esa súbita ausencia que me deja  
mirando un cuerpo muerto,  
un gesto que se aleja  
y ya no dice más que la oscura queja  
del vacío, la sombra  
de ese alguien al que amamos y ha dejado  
de estar y ya no nombra  
sino su desolado  
hueco donde el silencio ha quedado  
y se pudre la risa.

No comprendo la muerte y, sin embargo,  
ha vuelto, llega agria



I  
No comprendo la muerte,  
esa súbita ausencia que nos deja  
mirando un cuerpo inerte,  
un gesto que se aleja  
y ya no dice más que la oscura queja  
del vacío, la sombra  
de ese alguien al que amamos y ha dejado  
de estar y ya no nombra  
sino su desolado  
hueco donde el silencio ha quedado  
y se pudre la risa.

No comprendo la muerte y, sin embargo,  
ha vuelto, llega aprisa



como un terrible embargo  
de Dios a nuestra vida, como amargo  
destino a nuestras puertas  
como un odio maldito

¿No miraste  
a mis pequeñas, muertas?  
¿No sentiste y tocaste  
el cuerpo de mi padre? ¿No palpaste  
la carne de mi hermano  
destrozada; la piel de Benedicta, sí  
que se pudre en el guano?  
¿No palpaste, Rabbí,  
la muerte de tu Hijo? Yo las vi  
y todo se me muere  
a pesar de mi fe y de Tu promesa,  
se me pudre y adquiere  
la forma de la huesa,  
el horror de la muerte y su fijeza:  
el piso, el lecho, el ruido,  
los vestidos, los juegos, el rosario,  
la tarde y el ladrido  
del perro, el incensario,  
las muñecas, las fotos, el santuario;

todo se pudre, ha muerto:  
la ventana, el estambre y el tejido,  
la luz, la sal, la suerte,  
el ojo y el oído,  
la iglesia, el campanario y el tañido  
del bronce, todo duerme;  
duermen la mesa, el pan, la vela, el jarro,  
el garrafón inerme,  
la loza y el cigarro,  
la cerveza, las cartas y el guijarro.  
En todo está la muerte  
que llega de improviso: en los rincones,  
en la sed y en lo inerte,  
en los blancos cajones,  
en sus camas, su ropa y sus botones;  
en los desnudos árboles,  
en el espejo roto, en las chamarras,  
en el perfume y el áloe,  
en las desnudas parras,  
en el óxido viejo y en las jarras  
la muerte se ha posado  
y todo duerme: el sol en la ventana,  
el mantel y el brocado,  
el frutero, la lana,



la escoba junto al muro, la manzana;  
se han dormido los prados,  
los vidrios, los cerrojos y las llaves,  
el "Nintendo", los dados,  
la herrería, las trabes,  
la copa de los árboles, las aves;  
en el baño, en la bata,  
en el polvo, en la silla, en la pimienta,  
en la negra corbata,  
en el caldo y la menta,  
en el cuento de hadas y en la cuenta  
que nunca se pagó,  
la muerte se ha posado y duerme todo:  
la virgen de yadró,  
las tacitas, el modo  
de tomarlas, la miel, la hoja, el lodo  
con que jugaban ellas.  
Todo calla, se abisma en un mutismo  
horrible; las estrellas  
se callan; el abismo  
también; nada se mueve. El Catecismo  
duerme; duerme la luz.  
No se escucha un lamento ni un conjuro;  
se ha dormido la cruz

que cuelga contra el muro  
y las nocturnas sombras y lo oscuro.

Nada se escucha, nada.  
Sólo la lluvia cae sobre los charcos.  
No amanece. La rada  
del día y su comarca  
duermen y nada se limita y se demarca.

Es de noche, muy noche.  
La Resurrección duerme tras la roca.  
Ni siquiera un reproche  
se escucha. Nadie toca  
a la puerta de Dios, nadie lo invoca.

Sólo yo rezo:  
*Señor estamos cerca.*  
*Muy cerca y a la mano, maniatados*  
*ya, Señor, agarrados los unos a los otros*  
*como si nuestro cuerpo fuera el Tuyo.*

*Reza, Señor, ay, rézanos, Señor,*  
*estamos cerca.*

*Ibamos encorvados*



*para inclinarnos en el lago volcánico  
y en la hondanada. Fuimos al abrevadero, Señor.  
Era sangre, sí, sangre  
la que tú derramaste, Señor.  
Brillaba entre la noche.*

*Nos arrojó Tu imagen a los ojos, Señor.  
Ojos y boca están tan abiertos y vacíos, Señor.*

*Señor, hemos bebido  
la imagen y la sangre que estaba en la  
sangre, Señor.*

*Reza, Señor, estamos cerca.*

*Pero  
la noche cae y todo duerme, aún  
el negro abrevadero,  
la sangre que en algún  
recodo, en un lindero  
duerme; duerme el Señor, duerme su apero.*

*Ni un murmullo se escucha.  
Calla la inmensidad del alma. El charco*

*de sangre no se escucha.  
Las obras de Plutarco  
están dormidas; mi Brodsky se ha hecho parco;  
duermen Pound y Celan,  
en mi librero callan; se han dormido  
Santa Teresa y Juan,  
el verso bien medido  
y los ritmos, las rimas y el sentido  
han entrado en el sueño  
de la muerte.*

*Mis vivos están muertos  
y con ellos mi ensueño,  
mi oración, mis desiertos,  
mi soledad, mi gusto por los puertos.*

*Duerme todo lo escrito  
y la visión beatífica y el Diablo  
duermen; duermen el rito,  
los ángeles y el clavo  
de la cruz del Señor; duerme el bravo  
ejército de Dios,  
sus trompetas, arcángeles y santos;  
duerme el infierno atroz,  
los gemidos, los llantos,*



duermen el goce eterno y los quebrantos.

Sólo la lluvia cae  
bajo el silencio impuro;  
sólo la lluvia cae,  
sólo la lluvia, el muro,  
el sueño de los muertos y lo oscuro.

en el oscuro por el silencio y el silencio  
porque esta noche todo está dormido y oscuro  
y ella canta a través del silencio y de la sombra.

en este silencio impuro y oscuro el día y el día  
dormido y fuera del tiempo y del tiempo  
como una mujer tan hermosa que el día y el día  
cada que se levanta.

Gabriel, que a veces viene a cantar  
bajo esta noche que me abraza y me abraza.

## II

No comprendo la muerte, y, sin embargo,  
si desciendo a su noche y presto oído,  
descubro que alguien canta,  
que hay alguien en la sombra y su tiniebla  
que canta con un tono tan desnudo  
que se parece al viento en los cristales  
y, sin embargo, oh alma, no es el viento  
porque también se ha muerto y se ha podrido.

Sí, alguien canta; alguien, allá en la sombra,  
bajo la espesa lluvia y el silencio, canta  
como una fina aguja que zurciera la noche  
con el día.



Sí, no hay duda, alguien canta,  
porque esta noche todo está dormido  
y ella canta a pesar del silencio y de la sombra,  
en este breve instante  
*dentro y fuera del tiempo*, muy dentro,  
*como una música tan hondamente*  
*oída que ya nadie escucha.*

Sí, alguien canta.

¿Eres tú ángel mío  
o quizás el arcángel  
que guarda el Paraíso con su espada?  
¿O acaso tú, Teresa de Jesús,  
que habitas en la última morada  
del castillo interior que nadie mira  
porque todo está muerto y se ha podrido?  
¿O Tú, Señor, bajo esa tenue lámpara  
que es Tu resurrección y que miré  
hace tiempo, Señor, cuando murió  
mi padre y yo esparcía sus cenizas  
sobre la soledad de un mar terrible  
y en el oscuro cántico de un Norte?  
¿Acaso Tú, Señor,  
que no siento, a pesar de haberte visto

en el oscuro pozo de mi alma,  
dentro y fuera del tiempo?

Pero nadie  
responde y cae la noche y los jinetes  
de Juan ensillan y cabalgan solos  
sin fin bajo las sombras.

¿O quizás Tú,  
Gabriel, que a solas tocas tu trompeta  
bajo esta terca noche que me envuelve  
y envuelve los objetos y el silencio?

*Te equivocas, Javier, somos nosotros,*  
*tus muertos, ¿no recuerdas?, los que amaste,*  
*por quienes duermo todo y estás triste.*  
*Tus muertos, ¿lo recuerdas?:* viejos huecos,  
torturadas ausencias; *clamor que*  
*se niega a tu memoria*  
*sobre esta soledad de huesos secos;*  
*vacío que se ciñe a tanto amor*  
*y a cuya oscura sombra eres historia.*  
*Mas no hemos muerto, no, estamos vivos;*  
*transfigurados fuimos por el Cristo*  
*y tenemos un cuerpo que no miras*



porque informa una carne transformada,  
una carne invisible a los sentidos  
que sólo ven la carne primigenia  
sometida a las leyes del pecado.

Nuestro cuerpo no ha muerto, nunca ha muerto.

Murió la carne que informó en el mundo,  
mas no el cuerpo, Javier, que aún recuerdas,

aquello que ordenaba a la materia  
y se expresaba en ella y no era ella:

un principio formal, sólo ese gesto  
irreductible a nada, irrepetible,

que nos hacía ser y aún nos hace

y en la muerte nos pule y transfigura  
como un cristal inmerso bajo el agua.

No, Javier, no hemos muerto, cambió sólo

la forma, se hizo limpia, intangible  
a la opaca materia en la que vives.

Mas está ahí, ¿la escuchas en los pliegues

más íntimos del alma y en la fe,

porque el ser se revela al ocultarse?

Aquí estamos, Javier, estamos todos:

Paola, Ana, Oscar y tu padre

y todos los que han muerto de los tuyos

transformados en Cristo resurrecto.

Aquí estamos, Javier Sicilia, todos,  
porque todo camina hacia estas sombras  
que pueden ser la luz, cuerpo glorioso  
o el Gehena donde el ser se queda a solas  
sin carne, para siempre despojado

de la resurrección que nos desposa,  
o el purgatorio helado en donde espera  
el cuerpo la pureza que no tuvo.

Porque todo camina hacia estas sombras:

los espacios vacíos, los imperios,

los banqueros, los hombres eminentes,

los incómodos santos, los gobiernos.

Todo se hunde aquí, en esta sombra:

las tiendas comerciales, Televisa,

la usura de los bancos y la Bolsa,

las industrias de ICA y las de Pemex,

todos van a la muerte y al silencio.

Pero tú, alma mía, queda en paz

y deja que te envuelvan las tinieblas,

pues serán sacrosantas para ti,

como cuando la noche cae y todo

lo visible se aleja dulcemente

hasta quedar a oscuras, y al final

cuando a solas el alma